

EL CENTENARIO DE ARTURO CANCELA*

La obra de Arturo Cancela, nacido en Buenos Aires el 25 de febrero de 1892, y fallecido en la misma ciudad el 26 de abril de 1957, hace ya treinta y cinco años, no merece, de ninguna manera, el silencio o, por lo menos, el estado límbico en que hoy se encuentra. Pero como nada se da gratuitamente, sospechamos que hay causas que sustentan esta situación. Una, la más grosera, hace a la pasión política subalterna. Con todo, ya en 1928 las "Palabras socráticas" de Cancela muestran una actitud coincidente, en varios aspectos, con la de Lugones, a quien nadie retacea hoy su admiración. El apoyo a regímenes que a muchos lectores puede desagradar, no debe afectar el juicio que su indiscutible calidad literaria merece. Otra causa es la de suponer que el humorismo es una especie inferior dentro del complejo literario. Lo que eliminaría de cuajo, entre nosotros, a Eduardo Wilde, Roberto Payró,

* Comunicación leída el 25 de junio de 1992.

Fray Mocho y Conrado Nalé Roxlo. En cuanto a Cervantes, Cancela se considera –y la *Historia funambulesca del profesor Landormy* lo señala hasta el hartazgo– su devoto discípulo. Y no deja de nombrarlo expresamente, como de imitarlo en la estructura de su obra principal, en los títulos de los capítulos, en sus discursos y antinomias, en la riqueza del vocabulario y la urdimbre refinada, elegante y complicada de sus párrafos rotundos.

Al igual que lo que ocurre con los metafísicos y los artistas esenciales, las apariencias no engañan a los humoristas. Más bien les dan pie para que en su manipulación de la realidad desmonten los elementos falaces que adornan los escaparates, arranquen las máscaras y descubran la realidad auténtica que esas apariencias disimulaban. No por malevolencia pura, sino para indicar la distancia entre lo que ingresa por los ojos o los oídos y los ideales con que se proclama lo que debe ser. Esta técnica del contraste, animada en Cancela por un espíritu donde el tono irónico y burlón domina, se descarga en risa, y más frecuentemente, en una sonrisa de comprensión. No rechinarán sus dientes, como en los casos del moralista iracundo o del satírico implacable, pero el ademán ético y pedagógico del humorista está allí, detrás y omnipresente.

En cuanto a lo pedagógico, es oportuno recordar que Cancela, tras estudios interrumpidos de Medicina, estudió Filosofía en el Instituto del Profesorado Secundario, dictó cátedras y llegó a ser inspector de Segunda Enseñanza. En este sentido, muchas de sus páginas acreditan conocimientos referidos a problemas de orden filosófico o científico, según puede advertirse en los artículos reunidos en 1925 bajo el título de *El burro de Maruf*.

El teatro atrajo también su atención. De sus ocho piezas es justo recordar *El amor a los setenta* (1942), *El culto de*

los héroes, escenificación del último de los *Tres relatos porteños* (1939), *Alondra* (1947) y *La E.S.C.O.B.A.*, en colaboración con otra escritora de mérito, Pilar de Lusa-rreta.

No obstante, su perduración se afirma en los *Tres relatos porteños* y en la novela *Historia funambulesca del profesor Landormy*. Allí aflora, inconfundible, la obsesión de Cancela, higiénica desde cierta perspectiva, por su país y por la clase social y política que rige sus destinos. Pero mientras Mallea o Martínez Estrada, para referirnos a puntos de vista distintos, hundan gravemente su sonda en procura de una Argentina profunda, invisible o como se la quiera llamar, la pupila traviesa y cargada de intenciones de Cancela desgarran el velo de lo que parece y se aparece, y con ingenio sutil o con el diseño de caricaturas impresionantes, subrayados no pocas veces por una socarronería que va desde la erudición pedantesca a los dichos populares y al argot, muestra el revés de la trama y provoca, con una eficacia demoledora, la sonrisa comprensiva o la risa liberadora, que ambas forman parte de la esencia del humorismo. Y si hay, en ocasiones, ensañamiento, este no conduce por lo común a una hecatombe, sino al propósito tácito de una reformulación de conductas y una puesta en obra de valores que sus compatriotas declaman y no viven.

Es curioso anotar la fidelidad de Cancela a sus temas y personajes. Entre la publicación de los *Relatos*, aparecidos en 1922, y la *Historia funambulesca del profesor Landormy*, de 1944, median veintidós años. La minuciosa prolijidad y estructura compositiva de la novela hacen presumir un esfuerzo de décadas en su acabamiento. Por lo demás, cabe notar que nuestro autor debió tener la voluntad algo laxa, pues en repetidas ocasiones promete a

Manuel Gleizer, su editor inicial, libros que jamás dio a conocer, mientras que en los finales de la funambulesca historia anuncia –siempre que tenga ganas, aclara– una continuación. Pero al revés de su confesado modelo cervantino, no hubo una segunda salida, o llegada, del sabio francés.

Augusto Herrlin, el inventor sueco del temible cocobacilo adiestrado para exterminar los conejos del territorio patrio, "desde el norte del Bermejo/ hasta el cabo Santa Cruz", como dice la canción cívico-política compuesta por el maestro Malvagni, es un predecesor nato del ingenuo sabio francés, miembro del Instituto de Francia, con trabajos incluidos en la enciclopedia de Pauly-Wissowa, e investigador de la civilización cretense, M. Abel Dubois Landormy. Ambos arriban a Buenos Aires en la hoy considerada época dorada de los años veinte, durante la presidencia de Marcelo T. de Alvear, a quien uno de los personajes de la novela alude como a un argentino que vivió muchos años en París y es un reconocido protector de las artes. Ambos sabios son prestigiosos especialistas y carecen totalmente de malicia, así como del más mínimo conocimiento de las circunstancias políticas imperantes en esta porción del hemisferio.

Esto los convierte en útiles instrumentos para poner en evidencia a las *bêtes noires* que agitan la conciencia cívica de Cancela, que la tiene muy viva. Pues gracias a la presencia catalizadora de Herrlin y de Landormy, dos títeres inocentes e inofensivos –el mismo Cancela califica a Landormy como "fantoche abandonado por el titiritero"– desfila la serie de instituciones y personajes que otorgan, aun en esos tiempos que hoy nos parecen flotar en un aire idílico, casi mítico, una fisonomía farsesca, y a la política que desarrollan un clima inflado por la prosopopeya

y la inautenticidad.

Sabido es que los humoristas se basan en una descripción tendenciosa de lo real. Así, en "El cocobacilo", la persecución y aniquilamiento del conejo por parte del denominado Departamento de Protección Agrícola, tiene su origen verdadero en el organismo oficial creado antes por ley para combatir a la langosta. Y que generó, para esa época, una burocracia frondosa. Su actividad era, por supuesto, casi nula, y preanuncia la aparición, décadas después, de una variedad de pasta alimenticia que está lejos de una extinción total y que, paradójicamente, enflaquece los bolsillos y el ánimo de los habitantes de estas tierras australes. Una forma de corrupción, entonces.

Otro de los blancos favoritos de Cancela lo constituye la clase parasitaria, tilinga, de los entonces llamados "niños bien", parroquianos de un París non sancto, protectores de mujeres jóvenes supuestamente francesas y de problemática inocencia, dueños de *garçonnières* con piscinas de estilo pompeyano incluido y próceres de cabarets y broncas. A Cancela le impresionaron tanto estos seres privilegiados, para llamarlos de algún modo, que traspasó nombres y apellidos del segundo de los *Relatos*, "Una semana de holgorio", centrado en los lamentables sucesos de la Semana Trágica de 1919, a su *Historia funambulesca*.

Por otra parte, para otorgar mayor peso humorístico a sus historias, atento a la demolición de esas fachadas coruscantes que configuraban la Argentina oficial, Cancela escribe con claves lo suficientemente translúcidas como para que cualquiera se dé cuenta del nombre y apellido del original. Así, en uno de los numerosos ejemplos de los *Relatos*, Simón Camilo Sánchez, director del mencionado Departamento de Protección Agrícola, corresponde a un personaje político del que hoy día solo se recuerda el

nombre que lleva una estación suburbana del Ferrocarril Mitre. De su acerada y maliciosa pluma tampoco escapan indemnes la Universidad y la administración de justicia, como se revela a través de sucesos ridículos o grotescos. La hoy llamada excelencia académica está subordinada a los vaivenes de las conveniencias políticas, mientras que la administración de justicia reside en jueces federales como el Dr. Prudencio Velázquez, quien resurge al final de la novela en viaje de luna de miel con la regente de varios prostíbulos. O el Dr. Vilcapujio Castro Allende, otro juez federal y también rector de la Universidad de Buenos Aires, un típico figurón, hermano a su vez de doña Ayohuma Castro Allende de Orzábal Martínez, detrás de cuyo snobismo asoma una presencia verdadera, emparentada con la protagonista del último de los *Relatos porteños*, doña Juana Martín de Alava. Y no puede silenciarse, para apreciar el sabor argentino y satírico de la novela, la presencia de don Tobías Cadelago, el silencioso caudillo de Quilmes (el verdadero sentaba sus reales en Avellaneda), propietario de burdeles, capitalista de juegos prohibidos, senador provincial, luego nacional, y firme sostén de los poderes constituidos. Como también la desopilante aparición y actitudes del general Aníbal Villadiego, jefe de la Policía Federal. Los nombres y apellidos son siempre definitorios en Cancela.

Pero la caricatura llega a su punto culminante con el retrato del Dr. Aristóbulo Juvenal Izquierdo, tribuno popular dotado de alta elocuencia, pálido de tez, el cabello asiduamente negro, los bigotes mosqueteriles, vestido y cubierta la cabeza de luto perpetuo, la voz campanuda y abaritonada, galante y donjuanesco. Para ser justos, la figura tiende a estigmatizar a un personaje que supo ganarse con su actuación pública la consideración, simpatía y

adhesión de la mayor parte de sus conciudadanos pensantes. Pero eran la apariencia y el uso y abuso de una retórica pomposa y vacua lo que llevaba al trazado del Dr. Izquierdo mucho más que su efectiva acción pública. Cancela, con su prodigioso dominio del lenguaje era alérgico, diríamos hoy, a una elocuencia confeccionada con frases hechas, fórmulas remanidas o voces de cuatro sílabas detrás de las cuales asomaba el vacío. Y nada mejor para probarlo que el recuerdo de los duelos oratorios entre el Dr. Izquierdo y el cetrino ministro plenipotenciario de El Salvador, Licenciado Aquiles de Pestorejo y Sanabria. Según contó a quien habla Pilar de Lusarreta, el autor se había inspirado para estos discursos en *Fray Gerundio de Campazas* del padre Islas, lo que revela, de pasada, el amplio espectro de las lecturas de Cancela.

El ademán satírico del autor, como su maestría en el manejo de la escritura, se encuentran más que probados. Diseñó, con recursos humorísticos ricos y variados, la visión de una cierta Argentina que no dejaba de ser también verdadera, a través de las farsas y trapisondas en que el país discurría en pleno disfrute de su prosperidad, y que favorecía no solo a la clase dirigente, sino a la vasta clase media formada a su sombra. Pero ahí se queda.

No existe en Cancela la búsqueda de una dimensión más profunda, la inquietud de una segunda lectura, de una entidad trascendente, de personajes donde el espíritu encarna. En este sentido, queda por debajo de los humoristas culminantes, de Cervantes o Dickens. Sus héroes son muñecos que el creador manipula a su capricho y voluntad. Pero posiblemente los tiempos eran quizás menos dolorosamente críticos y no se propuso esa trascendencia que irradia de lo que es efectivamente grande. Su plan era otro. Intentó –y con éxito– mediante la aplicación

de un lenguaje de excepcional rigor, donde casticismo y pintoresquismo se conjugaban, revelar, según su óptica irónica y traviesa, cómo aparecía y se comportaba en privado la sociedad que le era contemporánea y que gobernaba el país en los niveles políticos, administrativos, sociales y culturales. Y esto lo consiguió con creces. La sonrisa, no exenta de piedad, con que lo leen hoy sus desgraciadamente escasos lectores, así lo prueba. Y su diagnóstico, como el de los médicos ilustres, no deja de coincidir a veces con la verdad de la dolencia, lo que conforma el título de gloria para los humoristas de raza, de los que fue uno de los buenos.

Rodolfo Modern